# ¿Qué pasa cuando dejamos de creer?

*El gobierno de Milei construyó algo más parecido a una fe que a un programa. En una economía de expectativas, la duda tiene precio.*

Federico Paoloni
*@fdpaoloni · fedepaoloni.com*
*27 de septiembre de 2026*

Las religiones no mueren cuando alguien refuta a su dios. Mueren cuando los fieles, un domingo cualquiera, simplemente dejan de ir al templo. El gobierno de Milei construyó algo más parecido a una fe que a un programa. Y en la Casa Rosada lo saben mejor que nadie. Por eso defienden el relato como quien defiende una frontera.

Antes de avanzar, una aclaración que la honestidad intelectual exige. Sería deshonesto desconocer lo que este gobierno logró: un superávit fiscal que parecía imposible, un reordenamiento de precios relativos que ningún gobierno anterior se animó a encarar y una dosis de pragmatismo político en temas cruciales que sorprendió incluso a sus críticos. La economía argentina se parece hoy, más que en mucho tiempo, a algo que podríamos llamar normal.

Este texto no discute eso. Discute otra cosa: el método con el que el poder decidió explicar, sostener y defender esos resultados. Y ese método no es económico. Es religioso.

## Lo que la Ilustración separó

Max Weber llamó "desencantamiento del mundo" al proceso por el cual la modernidad fue sacando a Dios de la explicación de las cosas. La política dejó de ser un asunto del cielo y pasó a ser un asunto de los hombres. Desde entonces hubo dos tipos de fe. Las religiones prometían la salvación en el más allá. Las ideologías, la salvación en la tierra. Unas hablaban de lo trascendente, las otras de lo secular. Durante tres siglos, más o menos, cada una ocupó su lugar.

El mileísmo rompe ese patrón. No elige entre una y otra. Las funde.

Por un lado, ofrece una ideología secular con todos sus componentes: un diagnóstico económico, un programa, una doctrina con autores canónicos. Por el otro, la envuelve en un lenguaje abiertamente trascendente. "Las fuerzas del cielo" no es una metáfora de campaña. Es una cita del libro de los Macabeos. El presidente habla de misión, de destino, de una batalla que excede a la política. Y no se presenta como el autor de su programa, sino como el encargado de ejecutar un mandato que no eligió. El político promete. El profeta obedece.

La fusión no es un detalle estético. Al unir la religión cívica con la trascendente, el relato oficial ofrece una visión totalizadora de la realidad, sin espacios vacíos. Explica el origen del mal, el estado presente de las cosas y el camino hacia la salvación. No deja preguntas sin responder. Y precisamente por eso, no admite preguntas.

## Anatomía de una fe

El relato oficial tiene la estructura completa de una fe.

Hay un génesis: cien años de decadencia, una Argentina que fue potencia y fue arruinada. Hay un demonio: la casta, esa entidad difusa que explica cualquier fracaso y que puede incluir, según la semana, a un gobernador, a un economista o a un periodista. Hay un sacrificio: el ajuste, que ya no se presenta como un costo sino como una purificación. Hay un paraíso: una Argentina potencia en algunas décadas, los mejores años de nuestra historia. Y hay herejes: el que cuestiona un axioma deja de ser un interlocutor y pasa a ser un traidor, un ignorante o, en el léxico oficial, un mandril.

Como toda fe, también ofrece algo que las ideologías tibias no pueden dar: pertenencia. El adherente no es un votante. Es parte de algo más grande. Tiene una comunidad, un enemigo común y un propósito que trasciende su vida cotidiana. Eso explica una intensidad militante que ningún programa económico, por sí solo, podría generar.

Raymond Aron acuñó en los años cuarenta la expresión “religiones seculares” para describir cómo el comunismo y el fascismo imitaban la estructura de la fe. No se trata de equiparar a este gobierno con aquellos regímenes. Sería falso y, además, una pereza intelectual. Aquellas religiones políticas controlaban la conciencia con terror. Esta lo hace con el algoritmo, la pertenencia y el escarnio público. Es una fe de baja intensidad y alta frecuencia. No necesita campos de reeducación. Le alcanza con las redes.

## Los ingenieros del relato

Si este sistema tiene arquitectos, están en el equipo de comunicación de Milei. Y lo que ese equipo entendió antes que nadie es que internet no unificó el conocimiento, como prometían los optimistas de los noventa. Lo fragmentó. Nos devolvió a una estructura de creencias cerradas, tribus que no comparten ni siquiera los hechos básicos.

La ironía histórica es enorme. La separación entre fe y poder fue la respuesta europea a las guerras de religión del siglo XVII. Después de décadas de sangre se estableció un principio simple: el Estado no se mete en lo que cada uno cree. Cuatrocientos años después, el algoritmo nos devolvió al punto de partida. En el mundo de la posverdad los hechos pesan menos que las emociones, y la tribu exige la aceptación total de su doctrina. Cuestionar el dogma no es un ejercicio crítico. Es una traición.

Por eso, para este gobierno, la comunicación no es una herramienta. Es una cuestión de supervivencia. Se hostiga al detractor, con razón o sin ella, y se premia

al que entrega su alma al relato. La lógica es la de la sociedad del estímulo inmediato: un estímulo provoca una reacción, la reacción desencadena una acción. El que no está alineado tiene que ser destruido en público. No tanto por lo que dijo, sino para que a nadie más se le ocurra decirlo.

La paradoja es que un gobierno nacido de la comunicación digital parece olvidar que la comunicación es mucho más compleja que X, Instagram y Tik Tok. El relato opera sobre las expectativas. La inversión opera sobre las expectativas y sobre el margen. Ganar la discusión pública no recompone la rentabilidad, y sin rentabilidad no hay inversión, con relato o sin relato.

## La grieta en el dogma

Y acá está el problema de fondo, el que ningún equipo de comunicación puede resolver.

La promesa original no fue religiosa. Fue terrenal. Se votó para vivir mejor. Se votó una frase que era casi un contrato: el ajuste lo va a pagar la casta. Lo que llegó después fue, en palabras del propio presidente, el ajuste más grande de la historia. La promesa fue secular. El cumplimiento se administra en clave religiosa: sacrificio hoy, paraíso mañana.

El creyente acepta esa lógica. Está dispuesto a esperar, porque su recompensa no es material sino identitaria. Pero la mayoría de los que votaron a Milei no eran creyentes. Eran votantes. Y el votante no compra doctrinas. Compra la expectativa de que su vida va a mejorar.

Ahí está la brecha que el relato intenta tapar. No es una brecha entre relato y ausencia de resultados: los resultados macroeconómicos existen. Es una brecha entre la macro que se ordena y la vida cotidiana que no lo registra al mismo ritmo. El relato está para llenar ese hueco. Cuanto más grande el hueco, más relato hace falta. Y cuanto más relato hace falta, más violenta se vuelve la defensa del dogma.

## Cuando dejamos de creer

Entonces, ¿qué pasa cuando dejamos de creer?

En 1954, el psicólogo Leon Festinger se infiltró en una pequeña secta que anunciaba el fin del mundo para una fecha precisa. Llegó el día y el mundo no terminó. Lo esperable era la desbandada. Pasó lo contrario: el núcleo duro se radicalizó y salió a predicar con más fervor que antes. Cuando la profecía falla, el creyente no duda. Redobla.

Treinta años después, Václav Havel escribió sobre un verdulero de la Checoslovaquia comunista que cada mañana colgaba en su vidriera un cartel con una consigna del régimen. No porque creyera en ella, sino porque era lo que se esperaba de él. Havel imaginaba el día en que ese verdulero, sin escándalo, simplemente dejara de colgarlo. Ese gesto mínimo, multiplicado, era lo único que el sistema no podía resistir.

Las dos historias describen lo que puede ocurrir con el relato oficial. El núcleo creyente probablemente se radicalice, como en el experimento de Festinger. Pero la periferia, la enorme masa de votantes que nunca fue feligresa, no va a protestar ni a denunciar herejías. Va a hacer como el verdulero. Un día va a dejar de colgar el cartel.

Y en una economía construida sobre expectativas, esa retirada silenciosa tiene precio. En el riesgo país, en el dólar, en la inflación esperada, en la decisión de invertir o de esperar. Nadie invierte para acompañar una fe. Por eso el relato no es un accesorio de este gobierno. Es una de sus variables macroeconómicas, y probablemente la más frágil.

El mayor riesgo para el mileísmo no es la oposición, ni la casta, ni los mandriles. Es un argentino cualquiera que, sin enojo y sin ruido, un domingo decide no ir a misa.